

# LA DAMA DEL OLIVAR

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON GASTÓN, *caballero*.  
DON GUILLÉN, *Comendador de Santiago*.  
NISO, *pastor viejo*.  
CORBATO, *pastor*.  
NUESTRA SEÑORA.  
ROBERTO, *bandolero*.  
DOÑA PETRONILA.

GALLARDO.  
MAROTO, *pastor*.  
ARDENIO, *pastor*.  
MONTANO, *pastor*.  
LAURENCIA, *pastora*.  
MARBELIO, *bandolero*.  
LIRANO, *bandolero*.

## ACTO PRIMERO

### ESCENA PRIMERA

Salen NISO, *pastor viejo*; MAROTO, CORBATO,  
ARDENIO, MONTANO, LABRADORES.

NISO. ¡Brava fiesta!  
CORBATO. Y la señora  
por quien se hizo, hermosa y mansa.  
MONTAN. Quien en servilla se cansa  
lo mucho que pierde ignora.  
ARDENIO. ¡Buen mayordomo!  
NISO. Y devoto.  
MONTAN. Pastor que el ganado deja  
por tan blanca y pura oveja,  
dichoso él.  
NISO. En fin, Maroto,  
vos habéis dejado el cargo  
con honra y fama.  
MAROTO. Y vendrá  
otro que me sacará  
de la puja rico y largo.  
NISO. ¡Qué buena estaba la iglesia!  
MAROTO. Como pude la compuse;  
claveles en ella puse  
desde el altar á la reja.

Verbena, espadaña y juncia  
por el suelo derramé;  
agua de trébol eché  
en las pilas.  
ARDENIO. Bien anuncia  
vuesa mucha devoción  
la que en el alma encubris.  
NISO. Galán, Maroto, venís.  
MAROTO. Yo saco en la procesión  
todas las galas que tengo.  
El más pobre de Estercuel  
soy.  
CORBATO. Y el más devoto dél.  
MONTAN. Alegre en extremo vengo  
de haber visto cuán compuestas  
las calles de nuestra aldea  
estaban.  
MAROTO. Toda desea  
her á nuestra Virgen fiestas.  
MONTAN. ¡Qué de pinos que plantaron  
por ellas! Y las mujeres  
con qué gustos y praceres  
que las ramas adornaron  
con sus basquiñas de grana.  
CORBATO. No dejaron paramento,  
cual si huera el monumento,  
cortina ó red aldeana  
que en las puertas y paredes  
no colgasen.

NISO. Pescarán  
si en el mar del mundo están,  
el cielo con tales redes.  
ARDENIO. Pues á falta de pastillas  
no faltó incienso y espliego  
y aun estoraque, que el huego  
no quemase en escodillas,  
que por las calles á trechos  
daban gusto y devoción.  
MAROTO. ¡Oh, qué incienso es la oración,  
y qué grandes sus provechos!  
NISO. La fiesta, en fin, de Setiembre  
en que nació nuesa estrella,  
ha estado extremada y bella.  
MAROTO. El labrador are y siembre  
los granos que el hielo cubre  
y restituye en Agosto;  
llene las cubas de mosto;  
coja la fruta en Octubre;  
compre y venda el mercader  
en las herias y mercados,  
traten de armas los soldados,  
vista galas la mujer.  
Los sabios estudien leyes,  
tienten pulsos los doctores,  
dense placer los señores  
y ganen tierra los reyes.  
Mientras yo apaciento el ható  
donde el manso me conoce,  
el corderillo retoce  
y se encarama el chivato.  
Que más precio los halagos  
con que el mastín me hace fiestas,  
la leche en tarro, las fiestas  
que dan el deleite á tragos;  
á la noche en casa la olla,  
y al amanecer las migas,  
que de los ajos amigas,  
son deudos de la cebolla;  
y tras ellas una misa  
al alba en que el sacristén  
dice cantando el amén  
sobre el sayo la camisa,  
que cuanta riqueza guarda  
el avaro.  
MONTAN. A eso me acoto.  
CORBATO. Venturoso vos, Maroto,  
que el temor no os acobarda  
del señor, como al privado.  
MAROTO. Bueno me le ha dado Dios.  
ARDENIO. Medra su hacienda por vos.  
NISO. A buen amo, buen criado.  
MAROTO. Don Gastón de Bardají,  
noble señor de Estercuel,  
ni es soberbio ni cruel;  
desde que su pan comí  
mil mercedes Dios me hace.  
Mucho priva con el Rey.  
NISO. Conoce su esfuerzo y ley,  
MAROTO. por eso le satisface.  
A conquistar á Valencia  
el Rey don Jaime partió  
y consigo le llevó.  
NISO. Tiene en la guerra experiencia.  
Que os hallase me holgaría,  
cuando volviere, Maroto,  
casado.

MAROTO. ¿A mí?  
MONTAN. ¡Juro al soto  
que había de her aquel día  
mil locuras de placer!  
MAROTO. No sabré yo her buen casado.  
NISO. Ya que en esto hemos tocado,  
hombre que está sin mujer,  
Maroto, no es hombre entero,  
pues le falta la mitad.  
MAROTO. La mitad, ¿cómo?  
NISO. Escuchad:  
¿De nueso padre primero  
no dice el cura que á Eva  
durmiendo un día sacó?  
MAROTO. De sus huesos la formó.  
NISO. ¿Luego la mitad le lleva?  
MAROTO. No me casaré, aunque pueda,  
con mujer que en eso da,  
que al hombre le quitará  
la otra mitad que le queda.  
Y á fe que es cosa inhumana  
que, formándose de un hueso  
tan firme, tan duro y tieso,  
la mujer sea tan liviana.  
Dalda á la buena ventura;  
que es, al fin, la más hermosa,  
si de carne, peligrosa;  
y si de hueso, muy dura.  
ARDENIO. No decís mal.  
MAROTO. Y aun por eso  
las mujeres, Niso, son  
de tan mala digestión:  
que no se digiere el hueso.  
NISO. Pues mi Laurencia no es tal,  
ni en liviana ó dura peca,  
que en lo amoroso es manteca  
y en lo honrado pedernal.  
No hay en Aragón mujer  
que mejor os pueda estar,  
y si os la vengo á pintar  
yo sé que la heis de querer.  
Sus años verdes y en flor,  
y su hermosura en la aldea,  
no hay borrico que la vea  
que no rebuzne de amor.  
Es de una imagen su cara:  
¿con qué la lava? dirás;  
con lleve el diablo lo más  
que un caldero de agua clara.  
Los cabellos, no dirán,  
son que al sol causan vergüenza,  
y cuando en cola los trenza  
en las rodillas la dan.  
La frente bruñida y lisa,  
las cejas son de amor arcos,  
los ojos, si no son zarcos,  
provocan á amor y á risa.  
Pues los carrillos, no hay mozo  
que no cante al descubrillos:  
«Más valen vuestos carrillos  
que el carrillo de mi pozo.»  
De las narices no pocos  
han dicho: «Alegre estuviera,  
Laurencia, si amor me hiciera  
de vuestas narices mocos.»  
¿Pues qué la boca? Aunque pasa  
de raya, limpia y risueña;

que no es bien que sea pequeña  
la portada de la casa.  
Los dientes altos y bajos,  
en hilera y procesión,  
piñones mondados son,  
á lo menos dientes de ajos.  
¿Qué diré de los hocicos,  
son que amapolas parecen  
cuando entre los trigos crecen?  
Pues los dos hoyuelos chicos  
que hace en riéndose, el cielo,  
á tener allá su cara,  
en ellos cro que jugara  
con el amor al hoyuelo.  
Pues la barba, ¿qué otra cria  
más abajo de cristal?  
Con ella el mejor zagal  
barba á barba la abriría.  
Las tetas son naterones  
y los corpiños encellas,  
que mamara amor en ellas  
á no encubrir los pezones.  
Las manos, que nunca adoba,  
más brancas fueran que el pecho,  
á no habellas callos hecho  
ya el cedazo, ya la escoba.  
La cintura puede entrar

(Señala los dedos.)

aquí, y si amor navegara  
mijor su estrecho pasara  
¡pardiez! que el de Gibraltar.  
Pues aquella redondez,  
monte de nieve y cristal,  
rodará encima el brial  
por ella amor cada vez.  
Pues las piernas, si en el río  
lava, porque el cristal borre,  
corrido de vellas corre  
más aprisa y con más brío.  
Los pies calzan once puntos,  
cuando la aprieta el botín;  
mas sea ella honrada, en fin,  
que no miraréis en puntos.  
Pintada os la tengo toda,  
puesto que mal y en bosquejo,  
lo demás allá os lo dejo  
para el día de la boda.

MAROTO. No del todo me despido  
de daros, Niso, placer,  
que, en fin, la buena mujer  
suele hacer bueno al marido;  
pero venga mi señor,  
que lo que ha de ser dirá.

Niso. Rico dote se os dará,  
que aunque es mi hija la menor,  
por vella con vos casada,  
vos prometo dar, Maroto,  
un pedazo deste soto  
y media fanega arada  
de tierra, catorce ovejas  
y seis cabras con el perro,  
la barrosa y el becerro,  
una casa con sus tejas,  
que no de techo pajizo;  
una cama con su ajuar,  
un San Miguel, que pintar  
en una sábana hizo

mi abuela, que Dios perdone,  
y dos calderas también  
con su cuchar y sartén  
que rojas las migas pone.

## ESCENA II

Sale UN CRIADO.—DICHOS.

MAROTO. Todo es bueno, y lo mejor,  
ser Laurencia vuestra hija.

CRIADO. El pueblo se regocija  
porque viene mi señor  
de Valencia y ha dejado  
al buen Rey en Zaragoza.

MAROTO. No en balde el monte le goza  
y se está riendo el prado,  
que no hay señor que le iguale.

NISO. Bien podéis eso decir.

CORBATO. ¡A! vámosle á recibir;  
pero al encuentro mos sale.

## ESCENA III

Sale DON GASTÓN, bizarro de camino.—DICHOS.

GASTÓN. ¡Oh, mis zagales: Alcalde,  
Corbato, Ardenio, Maroto!

NISO. Llegad, las manos besalde.

MAROTO. No en balde se alegra el soto  
ni está verde el prado en balde,  
viéndoos, señor, con salud  
en vuesa tierra y vasallos.

GASTÓN. Huélgome con su quietud,  
que no puedo deseallos  
mejores.

NISO. Por su virtud.

MAROTO. ¿Cómo venís de la guerra,  
buen señor?

GASTÓN. Gracias á Dios  
vitorioso.

MAROTO. Nueva tierra  
estaba triste sin vos.

GASTÓN. Es, en fin, mi estado y tierra.

MAROTO. El ganado que apaciento,  
y por ser vuestro es dichoso,  
sin vos dejara el sustento.  
El cordero temeroso,  
que da los brincos á ciento,  
balaba por don Gastón;  
las ovejas os llamaban;  
y con ronco y triste son,  
por suspirar, rebuznaban  
los borricos, con perdón.  
Secábase el prado ameno,  
donde el hato flores paca,  
de luto y tristeza lleno,  
porque todo este mal hace  
la ausencia de un señor bueno.

GASTÓN. Debéisme esa voluntad.

NISO. ¿Qué ha habido de guerra?

GASTÓN. Queda  
conquistada la ciudad  
de Valencia, donde pueda

renacer la cristiandad  
que el mahomético Profeta  
desterró por tantos años.  
Borró della el Rey su seta  
llena de vicios y engaños;  
ya queda segura y quieta,  
su mezquita consagrada,  
sus cautivos redimidos,  
su soberbia derribada  
y con blasones debidos  
eternizando su espada,  
el Rey don Jaime glorioso,  
tan agradecido al cielo,  
que, devoto y generoso,  
premió con divino celo  
al estado religioso  
fundando cuatro conventos  
en ella.

MAROTO. ¡Gran cristiandad!

GASTÓN. Honró Dios los pensamientos  
de su liberalidad  
con milagrosos portentos;  
porque cerca de Valencia,  
al tiempo de conquistalla,  
para mayor evidencia  
de su amor, nuestro Rey halla,  
animando su presencia,  
un retrato de aquel sol  
que, abrasando á Dios de amores,  
le vistió de su arrebol.

Un ramillete de flores,  
gloria del suelo español;  
un tanto monta del día;  
una suma del jardín  
que á Dios se aposenta y cria;  
un cielo en el suelo; en fin,  
una imagen de María,  
que en medio de aquella sierra  
el Godo escondió del moro  
y en sus entrañas encierra  
aquel divino tesoro,  
feliz paz de nuestra guerra.

Desde que el campo asentó  
en su sitio el santo Rey;  
Salomón que á Aragón dió,  
por defensa de su ley,  
el que por ella murió.  
Cada noche aparecía  
un resplandor soberano  
sobre el monte que escondía  
á la que á Dios hizo humano,  
que al sol competencia hacía.  
Música alegre sonaba,  
dando tal gusto el oílla,  
que la devoción juzgaba  
ser de ángeles la capilla  
y su autor quien la entonaba.

Determinóse de ver  
el Rey el misterio oculto  
que allí se podía esconder,  
y con religioso culto  
el primero quiso ser  
que, con la azada villana,  
para que todos trabajen,  
cavase.

MAROTO. ¡Fe soberanal

GASTÓN. Y hallando una hermosa imagen

debajo de una campana,  
alegre con tal tesoro  
dió su vitoria por cierta.  
MAROTO. De placer devoto lloro.  
GASTÓN. Con los obispos concierta  
para que esté con decoro,  
que un monasterio real  
allí mismo se edifique  
á su devoción igual,  
y que á la Merced se aplique  
y se dé á su General  
Fray Pedro Nolasco, piedra  
sobre quien Dios edifica  
la Orden que por él medra,  
con el cuarto voto rica  
de la caridad, que es hiedra  
que á Dios alcanzan sus ramas.  
Orden de tantos favores,  
que, eternizando las famas  
de sus hijos redentores,  
los Fénix son de sus llamas.  
Fué el santo Rey fundador  
de la Orden militar  
dándola ser y favor,  
con que se quiso llamar,  
como Dios, Rey redentor.  
Y, en fin, como era su hechura  
y de su celo heredera,  
dalle la imagen procura  
de la que es de Dios esfera  
y cifra de su hermosura.  
Labró, en fin, en su montaña  
el templo, y hasta él con fiesta  
la coloca y la acompaña.  
La imagen del Puche es esta  
que ha de ennoblecer á España;  
de que vengo tan devoto  
y envidioso, que quisiera,  
á merecerlo, Maroto,  
que de mi estado heredera  
viniera á ser.

MAROTO. ¡Qué buen voto!

Dome á Dios, mi buen señor,  
que es como suya esa fe,  
y que me mueró de amor  
por ella, después que sé  
tan milagroso favor.  
Pero no se desconsuele;  
sirva y pretenda tal dama;  
rôndela, aunque se desvele,  
que á la casa de quien la ama  
venirse de asiento suele.  
Soltero es, no hay tal esposa  
como la Virgen María,  
que es discreta y es hermosa,  
no pasa por ella día  
ni es en las galas costosa,  
que el sol de vestirla trata  
con cintas de resplandores,  
de estrellas sus trenzas ata,  
chapines trae de valores (1)  
con sus virillas de prata,  
pues los adorna la luna;  
dote suyo son los cielos,  
do no hay temer la fortuna,

(1) En el original: «valores».

y, en fin, no le dará celos,  
que es lo que más importuna.  
GASTÓN. ¡Oh, qué buen casamentero,  
Maroto, sabéis hacer!  
NISO. Pues sabed, señor, que quiero  
helle novio con mujer  
que vos aprobéis primero.  
ARDENIO. Al menos de nuestos votos  
lo que esto le importa sabe.  
MAROTO. De lo ajeno manirroto  
sois.  
NISO. No es bien que en vos se acabe  
la casta de los Marotos.  
GASTÓN. Y vos ¿qué decís á esto?  
MAROTO. Que el casarse no es delito,  
y aunque es el estado honesto  
mejor, á vos me remito,  
en quien tengo el gusto puesto.  
GASTÓN. Pues si está en mi parecer,  
vamos agora á palacio,  
que hay mucho en esto que hacer,  
y ha de mirarse despacio  
esto de tomar mujer. (Vanse.)

## ESCENA IV

Salen DON GUILLÉN con hábito de Santiago,  
y LAURENCIA, como que ha cernido.

LAUREN. Déjeme cerner mi harina.  
GUILLÉN. Laurencia hermosa, cerned  
pensamientos de mi amor,  
porque la harina apuréis  
de esperanzas candeales  
que con el agua amaséis  
de mis ojos, y cozáis  
en el horno de mi fe.  
Celos serán levadura,  
tan agria cuanto cruel,  
que os dará pan blanco y tierno.  
LAUREN. No le como si trechel.  
Mire que he de amasar hoy,  
vaya con Dios su mercé  
y á las bobas diga amores,  
porque yo ya sé quién es.  
GUILLÉN. ¿Quién soy?  
LAUREN. Amante común  
que enamora cuantas ve,  
mesón que todo lo acoge,  
fuente que da de beber  
á gente de toda broza,  
prado concejil en quien  
pacen de comunidad  
hierba que mata después.  
Yo no tengo más de un alma,  
sólo un dueño ha de tener,  
que con una voluntá  
á una sola quiera bien.  
GUILLÉN. Sola vos sois, sol hermoso,  
en quien me siento encender,  
fénix sola en hermosura.  
LAUREN. Vaya, señor don Guillén,  
y venda esos morrimullos  
á Constanza y á Isabel,  
burladas de sus promesas  
como Polonia y Inés,

y perdone que me vo  
porque hay mucho que cerner.  
GUILLÉN. Aguardad un poco.  
LAUREN. Mire...  
GUILLÉN. ¿Qué?  
LAUREN. Que le enharinaré.  
GUILLÉN. Yo sé cuándo menos dura  
me escuchábadas.  
LAUREN. Cerré  
las orejas con candados.  
GUILLÉN. Pues ¿por qué es tanto desdén?  
LAUREN. Porque tiene el corazón  
muy ancho y caben en él  
á gruesas, como botones,  
las pastoras que mantien.  
Caballero es de Aragón,  
sobre su pecho se ve  
la Cruz que de Montalbán  
le encomendó nuesa Fe.  
Pero ¿qué importa que traiga,  
mostrando que es hombre fiel,  
á los pechos la Cruz roja  
si en el alma el diablo tien?  
Los que son Comendadores  
y Caballeros como él  
damas sirven de palacio  
con estrado y con dosel.  
Deje villanas groseras  
de sayal y de buriel,  
que no es bien coma truchuela  
quien truchas puede comer.  
GUILLÉN. En fin, ¿ya me despedís?  
En fin, ¿ya no me queréis?  
LAUREN. No, que da mal fin á todas  
y un mal fin es de temer.  
GUILLÉN. Escuchadme una palabra.  
LAUREN. Ya le he oído más de diez  
y no quiero escuchar once.  
GUILLÉN. Acabad.  
LAUREN. Apártese.  
GUILLÉN. No puedo.  
LAUREN. Pues ¡por mi vida!...  
GUILLÉN. ¿Qué?  
LAUREN. Que le enharinaré.  
GUILLÉN. Pues en esquivá habéis dado,  
y vos sola en Estercuel  
no estimáis mi voluntad,  
adiós.  
LAUREN. ¿Luego vase?  
GUILLÉN. Pues.  
LAUREN. Vaya con la maldición.  
GUILLÉN. ¿Qué más maldición queréis  
que partirme y no obligaros?  
LAUREN. En fin, ¿se va?  
GUILLÉN. ¿Qué he de hacer?  
LAUREN. Volved acá, caballero,  
no seáis tan descortés,  
que los noes al principio  
son síes en la mujer.  
No estáis ducho en conocernos,  
y pues no lo estáis, sabed  
que las palabras que habramos  
han de entenderse al revés.  
GUILLÉN. Pues ¿qué queréis?  
LAUREN. Que no os vais.  
GUILLÉN. Pues ¿tienesme amor?  
LAUREN. Sí, á fe.

GUILLÉN. ¿Mucho?  
LAUREN. Mucho, que es con celos.  
GUILLÉN. ¿Quién te los causa?  
LAUREN. Isabel.  
GUILLÉN. Aborrezcola.  
LAUREN. Mentides.  
GUILLÉN. Mucho sabes.  
LAUREN. Mi mal sé.  
GUILLÉN. ¿Dónde la vi?  
LAUREN. En el molino.  
GUILLÉN. Yo, ¿cuándo?  
LAUREN. Vos, y antiyer.  
GUILLÉN. ¿Enamorado?  
LAUREN. Y perdido.  
GUILLÉN. Pues ¿qué la dije?  
LAUREN. «Mi bien.»  
GUILLÉN. ¿Hubo más de aqueso?  
LAUREN. ¿Pues?  
GUILLÉN. ¿Qué hubo?  
LAUREN. La embracijasteis.  
GUILLÉN. ¿Eso qué importa?  
LAUREN. ¡Oh, cruel!  
GUILLÉN. ¿Pues un abrazo?  
LAUREN. Es luchar.  
GUILLÉN. ¿Para qué?  
LAUREN. Para caer.  
GUILLÉN. Si tú me quieres...  
LAUREN. ¿Qué hará?  
GUILLÉN. Aborrecella.  
LAUREN. ¿Y después?  
GUILLÉN. Ser amante tuyo.  
LAUREN. ¿Y luego?  
GUILLÉN. Adorarte á ti.  
LAUREN. ¡Qué bien!  
GUILLÉN. Yo lo juro.  
LAUREN. ¿De qué modo?  
GUILLÉN. Por tus ojos.  
LAUREN. Burlas ven.  
GUILLÉN. Por el cielo.  
LAUREN. Está muy lejos.  
GUILLÉN. Por mi fe.  
LAUREN. No guarda fe.  
GUILLÉN. Por mi vida.  
LAUREN. Moriráse.  
GUILLÉN. Por esta cruz.  
(Pone la mano en la del pecho.)  
LAUREN. No la cree.  
GUILLÉN. Por Dios.  
LAUREN. Es un mal cristiano.  
GUILLÉN. Pues ¿por quién quieres?  
LAUREN. No sé.  
GUILLÉN. Fía en mí.  
LAUREN. ¿Sobre qué prendas?  
GUILLÉN. Sobre el alma.  
LAUREN. Irásemé.  
GUILLÉN. ¿No es prenda segura?  
LAUREN. No.  
GUILLÉN. ¿Por qué?  
LAUREN. Por que no se ve.  
GUILLÉN. ¿Quieres otra?  
LAUREN. Como fuere.  
GUILLÉN. Mis brazos.  
LAUREN. Arrédiase.  
GUILLÉN. ¿Qué recelas?  
LAUREN. Que he cernido...  
GUILLÉN. ¿Pues?  
LAUREN. Y le enharinaré.

GUILLÉN. Echemos cosas á un lado,  
Laurencia, de amor laurel,  
de quien es mi amor Apolo,  
aunque más dichoso que él.  
Un mes ha que estoy perdido  
por ti, juzgando este mes  
por siglos de dilaciones,  
propiedad del bien querer.  
Yo he sabido que tu padre,  
de mi amor padrastro infiel,  
casándote darne intenta  
con celos muerte cruel.  
¿Será, pues, razón, serrana,  
que esperanzas que sembré  
goce un tosco labrador  
de quien esposa has de ser?  
¿Que un rústico sea hortelano,  
que coja de tu verjel  
la flor primera debida  
á la imagen de mi fe?  
Primero que tal consienta  
he de abrasar á Estercuel,  
y en venganza de mis celos  
Nerón seré aragonés.  
LAUREN. Pues ¿qué queréis que yo haga?  
GUILLÉN. Que esta noche entrada des  
á atrevimientos de amor  
que facilita el querer.  
Por las tapias de tu casa  
confiado subiré  
de que desvelada esperas  
en tu huerta, y si una vez  
las primicias de tus gustos  
gozo, en bronce escribiré  
obligaciones que al tiempo  
jamás pueda deshacer.  
¿Qué respondes?  
LAUREN. Que no vengas.  
GUILLÉN. ¿No, dices? Si te he de creer,  
y el no en la mujer es sí,  
porque habláis siempre al revés,  
tu no misterioso adoro.  
Llega y dame...  
LAUREN. Apártese  
que está muy limpio.  
GUILLÉN. ¿Qué importa?  
LAUREN. ¿Qué? que le enharinaré. (Vanse.)

## ESCENA V

Salen MAROTO, NISO, CORBATO, MONTANO, DON GASTÓN  
y CRIADOS.

DON GASTÓN.

Maroto: lo que Niso me ha pedido  
está puesto en razón, y es justa cosa.  
En mis manos habéis comprometido  
la elección de casaros provechosa.  
Hoy de Laurencia habéis de ser marido,  
que es rica, cuerda, honesta y es hermosa,  
y Dios le dice á Adán cuando le cria  
que el hombre no está bien sin compañía.  
Cuando á medias se llevan los trabajos  
no pesan tanto, y es el yugo leve  
de amor, que hallando alguno estos atajos

á caminar con más valor se atreve; los altos Reyes, los pastores bajos, para pasar la vida triste y breve, buscan mujer, en cuyo estado amable muestran que el hombre es animal sociable. La tortolilla con suspiros quiebra, viuda, los vientos por el bien que pierde, y mientras las exequias le celebra huye del agua clara y roble verde. Enlaza á su consorte la culebra; si la hiedra amorosa al olmo pierde, da, pálida y marchita, testimonio de los bienes que causa el matrimonio. Un hombre solo triste vida pasa; los más breves pesares son prolijos; casado en paz, la más estrecha casa es alcázar y corte los cortijos. Cuando del monte deis la vuelta á casa, ¿hay gloria como ver los caros hijos al lado tierno de la madre honesta que os sale á recibir y os hace fiesta? Esto ha de ser, Maroto; este es mi gusto; yo, que también casarme determino, quiero que en este estado santo y justo abráis á mis intentos el camino. En buena edad estáis, mozo robusto como yo, y que llevaréis bien imaginando la cruz del matrimonio.

MAROTO.

El que es prudente recela de tal cruz ser penitente. Pero, en fin, pues vos dais, señor, en eso, digo que della desde aquí me encargo, aunque tan grande cruz y más de hueso, en el camino de la vida largo derribará un gigante con su peso.

CORBATO.

Cirineos en el (1) mundo hay que ese cargo alivian.

MAROTO.

Nunca hará en su honra empleos el marido con tales cirineos.

DON GASTÓN.

Pues vengo á vuestra casa, Niso hermano, á tratar esta boda, haced que agora la desposada salga.

NISO.

Noble y llano, honráis nuestra humildad.

CORBATO.

Bien os adora todo Aragón, [señor].

NISO.

Llamad, Montano, á Laurencia que, á fuer de labradora, ó rastrilla ó jabona, ó cierge ó cuece ó á su hermanillo mientras hila mece.

(1) En el original «del»

### ESCENA VI

Salen LAURENCIA.—DICHOS.

LAUREN. ¿Qué es, padre, lo que mandáis?

NISO. Que agradezcáis el favor que nuestro dueño y señor os hace, hija, y que pongáis la boca humilde en su pata.

LAUREN. ¡Oh, mi señor don Gastón, bien venidol

GASTÓN. Con razón de hermosa Estercuel os trata. Bizarra vasalla tengo en vos.

NISO. ¡Oh! pues si viniera lavada, mejor pudiera llamalla hermosa.

GASTÓN. Yo vengo, Laurencia, aquí, cuando menos á daros marido.

LAUREN. ¿A mí?

GASTÓN. Labradora bella, si; y en vuestros ojos serenos miro la dicha y ventura de quien os ha de gozar.

LAUREN. Pues ¿cómo me he de casar, señor, si aún no estoy madura? ¡Buenos están los engaños!

GASTÓN. ¿Qué edad tenéis?

LAUREN. Cumpliré, si al cura hemos de dar fe, para estas hierbas veinte años.

GASTÓN. Luego, según vuestra cuenta, á buen tiempo vengo yo.

LAUREN. Mi madre no se casó, señor, hasta los cuarenta, y tuvo á mucha ventura, según mi abuela contaba, que cuando menos cuidaba la casasen tan criatura.

GASTÓN. Ya ese tiempo se ha perdido.

CORBATO. Y como las que ahora nacen diz que lo primero que hacen es decir «taita, marido».

GASTÓN. Vuestro padre determina que con Maroto tengáis el dueño que deseáis; mi hermana ha de ser madrina y yo os he de apadrinar. ¿Qué decis?

LAUREN. Tengo vergüenza.

GASTÓN. Púrpura á salir comienza vuestro rostro á hermosear. Acercaos, Maroto, aquí, y hablada.

MAROTO. ¿Hablarla qué importa, siendo una boda tan corta que no tiene más de un sí?

GASTÓN. ¿Daisle vos de buena gana?

NISO. Pues ¿no ha de dalle si vos lo mandáis?

CORBATO. ¡Verán los dos qué mudos están!

GASTÓN. Mañana los desposorios serán. Vestíos, Maroto, de fiesta,

que desposada como ésta merece el novio galán. Y quedaos, Laurencia, adiós, que la nueva os ha turbado. ¡Envidia llevo á los dos!

CORBATO. Cualquiera se la tendrá si su cara llega á ver.

ARDENIO. Maroto: buena mujer os han dado.

MAROTO. Ella dirá. (Vanse.)

### ESCENA VII

Queda sola LAURENCIA.

LAUREN. ¿Qué es esto, desdicha mía? ¿Cabrán, si ya tengo dueño, en corazón tan pequeño dos huéspedes en un día? Don Guillén es el primero, y siendo abeja de amor, le ofrecí la primer flor; derechos del jardinero. Es noble y quiérole bien, pues ¿por qué en tal alboroto tiene de usurpar Maroto derechos de don Guillén? Perdonará, pues espera á don Guillén mi fortuna y va á avisalle la Luna, de amantes casamentera. Primero el cántaro llena aquel que llega primero, si Maroto vien postrero Dios se la depare buena. (Vase.)

### ESCENA VIII

Salen MAROTO.

MAROTO. A la fe, mi Dios, que han dado en que he de tener mujer, yo soldemente sé her empleyta y guardar ganado. ¡Pues meterme á mí en rencilla con una mujer! El cura diz que nunca está madura, porque, al fin, es de costilla. Es hacer que me descarné para ella y que pierda el seso; aun si huera todo hueso y no cubierto de carne, no anduvieran diligentes tantos, hendo en la honra mella, porque temieran mordella por no quebrarse los dientes... Yo no tengo si el rosario con quien en tales afrentas me aconseje y haga cuentas, que es el mejor secretario. Ahora bien: rezarle quiero que si ayuda á todos da, lo mejor me endilgará, que es divino consejero. ¿Yo cautivar me en un día?

¿Hay cosa más importuna que un muchacho en una cuna cuando llora? ¡Ave María!

(Reza paseándose.)

«Virgen, la esposa más buena érades para mí vos; dígalo el ángel de Dios, pues vos llamó *gratia plena*. Mas cautivar mis placeres, pues nadie en toda la vida halló mujer que no pida *entre todas las mujeres*, ¿no es disparate, Jesús? Esto á enloquecerme basta; aunque si eres mujer casta, Laurencia, *bendita tú*. Que si libre de delito da de su honor testimonio al hombre en el matrimonio regocijado y *bendito*. Mas ¿qué esposo habrá que encuentre mujer á quien si quillotro la diga mio y no de otro *es el fruto de tu vientre*? ¿Casamientos ahora?, ¡sús! dejadme, que pierdo el seso. ¿Yo en casa con sobre hueso estando sano? ¡Jesús! ¿Yo riñendo cada día á quien sin tomar consejos como sea á la [más] lejos va á Misa á *Santa María*? Pues que me encomiendo á vos, si no soy para casado, de tan peligroso estado libradme, *Madre de Dios*. Santos, pues estáis vosotros en el eterno placer, libres de toda mujer y en paz, *rogad por nosotros*. Maridos, si de estos modos son las mujeres, tened mucha paciencia y sabed que rezo por mí y por todos. Pues si por quitar temores las mujeres no nacieran, muchos más los santos fueran y menos los *pecadores*. El alma su prisión llora: ¿hay más riguroso paso, pues si que agora me caso me han de cautivar *agora*? Porque el trance que hay más fuerte y que más puede temblarse es al tiempo de casarse y en la hora de nuestra muerte. Haga á los solteros bien Dios, guardando sus sentidos, dé paciencia á los maridos y digan todos *Amén*.»

### ESCENA IX

Salen DON GUILLÉN y GALLARDO.—MAROTO.

GUILLÉN. Gallardo: si mi Laurencia aguarda, cual prometió,

amor posesión me dió  
de la más bella presencia  
que celebra su deidad.  
GALLARD. ¿Qué diablos hiperbolizas  
y hermosura solenizas?  
GUILLÉN. Pues ¿aquesto no es verdad?  
GALLARD. No, por cierto, con perdón;  
¿es más de una labradora  
que estará cerniendo agora  
y quizá cantando al son  
que hace con el cedazo  
«á las tres ánades, madre»,  
mientras que duerme su padre,  
que es el mayor villanazo  
que tiene todo Estercuel?  
GUILLÉN. Laurencia es un sol, un cielo.  
GALLARD. Que has de enloquecer recelo.  
¡Miren qué Dafne en laurel,  
qué Leucote vuelta incienso,  
ó que Clície en girasoll  
¡Par Dios, si Laurencia es sol,  
que es muy puerco el soll  
GUILLÉN. No pienso  
que estás en ti, si eso dices.  
¡Oh, quién verla ya pudiera!  
¡oh, quién la hablara! ¡quién fuera!...  
GALLARD. Di, moco de sus narices.  
GUILLÉN. ¡Quién sus manos ó cristales...!  
GALLARD. ¿Besallas?  
GUILLÉN. Sí.  
GALLARD. Buen galán  
besa, que quizá estarán  
lavando agora pañales.  
¿Es posible, di, señor,  
que un caballero estimado,  
á quien mil damas han dado  
más fama que á Galaor,  
con esa flemaza agora  
el sayal grosero ensalza,  
tú, que los puntos que calza  
la más guardada señora  
sabes, botines deseas?  
GUILLÉN. Gallardo: ya estoy cansado  
de tanta seda y brocado;  
las más graves son más feas.  
Hermosura que en la tienda  
se vende, ¿quién la ha de amar?  
GALLARD. Si el afeite es rejalgár  
Bercebú que las pretenda.  
Tu opinión sigo en cuanto eso,  
que caras de solimán  
la muerte á un hombre darán,  
como pildora en un beso  
por no vendella, de balde.  
Hermosuras de retazos  
de sastre, hechas á pedazos  
de color y de albayalde,  
con que jalbegan las casas,  
como pared de mesón,  
caras como colación,  
cargadas de miel y pasas.  
GUILLÉN. Y miel virgen.  
GALLARD. Es verdad,  
con que engañarnos pretenden,  
porque todas ellas venden  
postiza la puridad.  
No hay tienda si vas á ella,

porque este discurso sigas,  
que en cintas, bandas ó ligas  
no halles carne de doncella.  
Y pues en cintas las pinta  
el interés, no me engaño  
cuando sospeche que hogaño  
se usan doncellas en cinta.  
GUILLÉN. ¿Luego yo discreto soy  
en buscar sin compostura  
la natural hermosura  
de Laurencia?  
GALLARD. Amigo soy  
de amor que huele á tomillo,  
y más tomillo salsero,  
que es carne con sal y quiero  
bien este trato sencillo;  
pero no has de encarecello  
con tanta exageración,  
que es plato de salpicón,  
aunque sabroso al comello,  
que después huele á cebolla;  
mas dirás que es polla bella  
y que por eso con ella  
quieres jugar á la polla.  
MAROTO. Maroto: ¿no escucháis esto?  
Andaos á caza de bodas.  
GUILLÉN. Estas labradoras todas,  
por lo simple y por lo honesto,  
me enamoran; si saliese  
y la seña hiciese ya.  
MAROTO. ¿Señas le ha de hacer? ¡Verá!  
¡Oh, qué mal agüero es ése!  
GUILLÉN. La gente de casa, amor,  
¿por qué no la habéis dormido?  
GALLARD. Sobre la tapia ha salido  
tu labradora, señor.

## ESCENA X

Sale arriba LAURENCIA.—DICHOS.

GUILLÉN. Sí, que la luna salió  
á enseñarme su presencia.  
MAROTO. Trepadora sois, Laurencia;  
no os llevo á mi casa yo. (Ap.)  
LAUREN. ¡Cel ¿es Don Guillén?  
MAROTO. (Ap.) ¿Por la ce  
comenzáis, sin ser casada?  
Labradora sois letrada;  
ya llegáis al A B C.  
Pues bien sé yo, aunque villano,  
que si llegáis á la D,  
por más riqueza que os dé,  
que no heís de darne la mano.  
GUILLÉN. Yo soy quien en vos viviendo,  
y sin vos muriendo en mí,  
por la vida vengo aquí  
que me usurpáis.  
LAUREN. Yo no entiendo  
aquesas algarabías;  
pero lo que os sé decir  
que aún no se ha echado á dormir  
mi padre.  
GUILLÉN. Desdichas mías  
le despiertan.  
LAUREN. Hablad paso

y volved mañana acá;  
mas no, que en vano será,  
porque mañana me caso.  
MAROTO. No conmigo, si yo puedo. (Ap.)  
GUILLÉN. ¿Que os casáis? ¿Cómo ó con quién?  
LAUREN. Con Maroto, Don Guillén.  
GUILLÉN. ¡Ay, cielos!  
LAUREN. Sospirad quedo.  
GUILLÉN. Daré yo muerte á Maroto.  
MAROTO. ¿Qué más muerte que casarme?  
GUILLÉN. ¿Luego podréis olvidarme  
el nudo de mi amor rot?  
LAUREN. Mandólo nuese señor  
don Gastón de Bardaji.  
GUILLÉN. ¿Y habéis vos ya dado el sí?  
LAUREN. Más por fuerza que de amor.  
MAROTO. Yo os le suelto desde agora. (Ap.)  
GUILLÉN. Pues, Laurencia, aunque se abraze  
el lugar, antes que os case  
logrará quien os adora  
la posesión deseada  
que merece mi afición.  
MAROTO. ¿Y después como melón  
dárme la á mi decentada?  
¡Malos años para vos! (Ap.)  
LAUREN. Ahora bien: desde aquí á una hora  
volved, que es temprano agora,  
y quedad, señor, con Dios.  
GUILLÉN. Dadme una mano primero.  
MAROTO. De azotes la merecía.  
¿Hay tan gran bellaquería? (Ap.)  
LAUREN. No tien la tapia agujero  
por donde darla, y está  
tan alta, que no podréis  
alcanzarla, si volvéis  
presto, amor lo ordenará.  
GUILLÉN. El amor todo lo alcanza,  
que sabe hacer invenciones.  
Gallardo: si aquí te pones,  
podrá subir mi esperanza  
y alcanzar esta ventura.  
¿Oyes?  
GALLARD. Durmiéndome estaba.  
GUILLÉN. Ponte aquí debajo, acaba.  
GALLARD. Pues ¿soy yo cabalgadura?  
GUILLÉN. No seas necio ni pesado.  
GALLARD. Si subes no lo seas tú.  
(Pónese en cuclillas y sobre las espaldas D. Guillén de pies.)  
MAROTO. ¿Que aquesto se use ¡Jesús!  
el amo sobre el criado?  
Miren cuál anda ya el mundo,  
unos sobre otros los vicios.  
GALLARD. Si son cortos los oficios  
en darte gusto me fundo;  
pero si van á la larga,  
desde agora te prevengo  
que, en pesando, me derriengo,  
y que me echo con la carga.  
MAROTO. ¡Lo que sufre un alcahuetel!  
GALLARD. ¡A lo que obliga un señor!  
GUILLÉN. ¡Mi corderal!  
LAUREN. ¡Mi pastor!  
GUILLÉN. ¡Mi mayol!  
LAUREN. ¡Mi ramillete!  
GUILLÉN. Qué ¿os casáis?  
LAUREN. Contra mi gusto.

GUILLÉN. ¿Con un bárbaro?  
LAUREN. Un grosero.  
GUILLÉN. ¿Quién soy yo?  
LAUREN. Mi jardinero.  
GUILLÉN. Pagadme, pues.  
LAUREN. Esto es justo.  
GUILLÉN. ¿Y con qué?  
LAUREN. Con las primicias.  
GUILLÉN. ¿De vuestro amor?  
LAUREN. Claro está.  
GUILLÉN. ¿Cuándo?  
LAUREN. Esta noche será.  
GALLARD. ¿No ahorraremos de caricias  
don Guillén? Que me deslomo.  
MAROTO. ¿Qué esto sabe una mujer? (Ap.)  
GALLARD. Mas ¿que he de hacerte caer?  
GUILLÉN. Soy un pájaro.  
GALLARD. De plomo.  
GUILLÉN. ¡Qué hermosa mano!  
LAUREN. Grosera  
que friega, barre y amasa.  
GUILLÉN. És de nieve.  
MAROTO. Y os abraza. (Ap.)  
GALLARD. Que me matas considera.  
GUILLÉN. ¿Podré entrar luego?  
LAUREN. No sé.  
GUILLÉN. Ya el viejo se habrá dormido.  
LAUREN. Si vos estáis escondido  
mientras que voy y lo sé,  
entrad.  
MAROTO. Bellaco va esto:  
excusemos un pecado. (Da gritos.)  
¡Ah de casa; que han entrado  
ladrones, acudid presto!  
Niso, Corbato, Montano,  
mozos, zagales, garzones,  
que andan ladrones, ¡ladrones!  
LAUREN. ¡Ay, cielo, vetel!  
GUILLÉN. ¡Oh, villano!  
¡vive Dios! que has de pagarme  
el dar á la gente a viso.  
MAROTO. ¡Ladrones, ladrones! Niso,  
¡Salid, que quieren matarme!  
¡Ladrones!  
GALLARD. Huye, señor,  
no te conozca esta gente.

## ESCENA XI

Salen los PASTORES con chuzos.—DICHOS.

GUILLÉN. ¿Que así un bárbaro insolente  
haya estorbado mi amor?  
GALLARD. Cada cual su hacienda guarda.  
GUILLÉN. ¿Que aquesto pase por mí?  
GALLARD. Yo de burro te servi  
pero tú fuiste mi albarda.

## ESCENA XII

NISO y ARDENIO.—DICHOS.

NISO. ¿En casa de la justicia  
ladrones? ¿Adónde están?  
ARDENIO. Ténganse al Rey los ladrones.

NISO. ¡Por Dios, que los he de ahorcar!  
 GALLARD. Huye, señor, que villanos  
 ya sabes que en su lugar  
 son reyes, y que los gallos  
 cantan en su muladar.  
 GUILLÉN. ¡Que este rústico grosero  
 de mi suerte fuese azar  
 que esta ocasión me impidiese!  
 Mas él me lo pagará. *(Vanse los dos.)*

## ESCENA XIII

*Sale DON GASTÓN. — Dichos, menos DON GUILLÉN  
 y GALLARDO.*

GASTÓN. ¿Qué alboroto es éste, Niso?  
 MAROTO. ¡Oh, señor! vino á robar  
 un ladrón aquí una joya  
 de Laurencia.  
 GASTÓN. ¿Cómo?  
 MAROTO. Y tal,  
 que si una vez se la quitan,  
 aunque la percuren más,  
 ojos que la vieron ir  
 á vella no volverán.  
 NISO. ¿Mas si fuese la patena  
 con la sarta de coral?  
 MAROTO. Patena y corales son  
 dignos, Niso, de estimar.  
 Y si arrancan la patena,  
 la sarta se quebrará,  
 derramando los corales  
 que asidos con ella van.  
 Este negro casamierito,  
 si va á decir la verdad,  
 me trae sin seso ni gusto  
 desde esta mañana acá.  
 Como el hombre que se vela,  
 su mujer ha de velar,  
 en fe que es vela el honor  
 que el fuego suele quemar,  
 á velar vine á estas puertas  
 más celoso que galán,  
 que un marido es como un muerto,  
 pues le velan como á tal.  
 De temores y sospechas  
 cansado (que poco va  
 de estar cansado á casado,  
 y más siendo á mi pesar)  
 á la fe que me dormí;  
 yo confieso que hice mal,  
 que honra y sueño pocas veces  
 se guardaron amistad.  
 Echéme á aquestos umbrales;  
 que un marido ha de imitar  
 al mastín, que cuidadoso  
 á las puertas tién de estar.  
 Apenas que me dormí,  
 cuando comencé á soñar  
 que Niso me había vendido  
 un hermoso colmenar.  
 Yo, que no estaba contento  
 con la compra, vi llegar  
 á robarme la miel virgen  
 dos osos de Montalbán.  
 Como toda miel se pega,

y sin cera no hay panal,  
 y la cera junto al huego  
 por fuerza se ha de quemar,  
 viendo que se derretía  
 pretendílo remediar,  
 pues colmenas sin miel virgen  
 aun no valen la mitad.  
 Los celos, que son abejas,  
 y ya zánganos serán,  
 á los osos colmeneros  
 iban locos á picar.  
 Mas viendo su resistencia  
 comenzaron á gritar  
 (que sus voces son susurros):  
 «¡Ladrones en el lugar!»  
 Despertéme yo á mí mismo,  
 y á fe que á no despertar,  
 que de aquesta pesadilla,  
 muerte me diera el afán.  
 Salistes alborotados,  
 y pues presentes estáis,  
 sed testigos desde ahora  
 que no me quiero casar.  
 Colmenas tan peligrosas  
 en campos de libertad,  
 sin más guardas que á sí mismas,  
 comprallas es necedad.  
 Si á una viña ponen cercas,  
 y la guarda por demás  
 el lanzón de un viñadero,  
 pues las hurtan en agraz,  
 ¿qué hará una colmena sola  
 en el campo, á voluntad  
 de cualquiera caminante  
 sino comer y picar?  
 A lo dulce no hay defensa,  
 Niso, que aunque en el corral  
 lo guardéis, hay quien las tapias  
 dél se atreverá á saltar.  
 Libreme Dios de colmenas  
 con pies, que se subirán  
 en somo de las paredes  
 si una vez en ello dan.  
 Tienen alas las abejas,  
 y como en corchos están,  
 pesan poco y vuelan mucho,  
 pican honras y se van.  
 No curéis de persuadirme,  
 que si me ha dado pesar  
 aun durmiendo una mujer,  
 despierto (decid) ¿qué hará?  
 Primero que yo me case  
 (aunque me lo rueguen más),  
 torciéndome la cabeza  
 llevaré la cara atrás.  
 Esposo entonces seré  
 cuando de aquel olivar  
 nazca, en lugar de aceituna,  
 mi esposa; no hay más que hablar.

(Vast.)

## ESCENA XIV

*Dichos, menos MAROTO.*

NISO. Oye, Maroto... ¡Maroto!  
 GASTÓN. Misterio tiene el hablar

mi pastor de esta manera.  
 Algo ha visto.  
 NISO. Pues se va  
 y mi hija menosprecia,  
 vaya con Dios el gañán,  
 que no es Laurencia mocosa  
 ni peina canas.  
 CORBATO. ¡Verál  
 GASTÓN. El casarse, mis amigos,  
 ha de ser con voluntad;  
 no le forcemos la suya.  
 NISO. ¿Qué llama, señor, forzar?  
 ¿Peina canas mi Laurencia?  
 CORBATO. Que es un simple.  
 NISO. Vaya en paz  
 y no se case, hasta tanto  
 que lleve la cara atrás.  
 CORBATO. ¿Hay tal bruto? Siembre esposas  
 aquí, quizás nacerá  
 alguna que le enamore,  
 cual dice, en este olivar.

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

*Salen DON GASTÓN, DOÑA PETRONILA, LAURENCIA  
 y LABRADORES.*

PETRON. Bueno y apacible está  
 el prado, sentaos aquí.  
 GASTÓN. Si vuestro sol luz le da  
 en tapetes de tabí  
 estrados os prevendrá.  
 En vuestras hebras derrama  
 su tibia tez la retama,  
 vuestras mejillas hermosas  
 dan nuevo ser á las rosas  
 que Venus adora y ama.  
 Las maravillas se ven  
 en vuestros ardientes ojos,  
 la frente es jazmín también,  
 en la nariz los despojos  
 de la azucena están bien.  
 Si los dientes son azahar  
 que en grana pudo enlazar  
 amor, que nació en verjeles,  
 muros hizo de claveles  
 en que se puedan guardar.  
 Y así el prado con su flor  
 imita vuestra belleza,  
 siendo planteles de olor  
 él de la naturaleza,  
 vos, señora, del amor.  
 PETRON. Favores de vuestra mano,  
 ¿á quién no enriquecerán?  
 Si por venir con vos gano  
 las ternezas de galán  
 y los regalos de hermano.  
 Basta, señor don Gastón,  
 que por no dar ocasión  
 á que el alma se divierta,  
 tenéis tomada la puerta

á toda imaginación.  
 Como hermano me guardáis,  
 como galán me servís,  
 como esposo regaláis,  
 y á serlo todo venís,  
 pues que con todo os alzáis.  
 GASTÓN. No tanto, mi Petronila,  
 que no sepa que en el alma  
 sus flechas amor afile,  
 y que el pensamiento en calma  
 esperanzas recopila.  
 Yo sé que tenéis capaz  
 la voluntad para extremos  
 del atrevido rapaz,  
 tanto, que en ella cabemos  
 otro y yo viviendo en paz.  
 Porque en casa semejante,  
 si él es aposentador,  
 posada dará bastante  
 para un hermano el amor  
 y también para un amante.  
 PETRON. Si ese en el alma ha de entrar,  
 de vos vendrá acompañado,  
 pues cuando os quiera hospedar  
 costumbre es que un convidado  
 á otro pueda convidar.  
 GASTÓN. Como forastero pasa  
 un rayo, y de paso abrasa,  
 y es tal don Guillén, por Dios,  
 que, por quedarse con vos,  
 temo que me eche de casa.  
 Aunque si os caso con él,  
 diré, Petronila mía,  
 puesto que es trance cruel,  
 que por vuestra mejoría  
 dejaré mi casa en él.  
 PETRON. Eso no, que será poca  
 voluntad la que mostráis  
 si á dejarme se provoca,  
 y para que no salgáis  
 cerrará el alma la boca.  
 GASTÓN. Don Guillén de Montalbán  
 es mozo, noble, galán,  
 Comendador generoso,  
 en las paces amoroso  
 y en las guerras capitán.  
 Escogíle para vos,  
 y pienso que agradecéis  
 la elección que hice en los dos;  
 mas para que en él penséis  
 quedaos, bella hermana, adiós.  
 Que apacible compañía  
 os dejó, y yo, como suelo,  
 por ser inclinación mía,  
 de aves que mate al vuelo  
 volver cargado querría. *(Vase.)*

## ESCENA II

*Dichos, menos DON GASTÓN.*

PETRON. Pues Laurencia ¿en qué se entiende?  
 LAUREN. Nunca falta, mi señora,  
 á la gente labradora  
 en qué, y más la que pretende  
 casarse y se le despinta.

PETRON. ¿Echastes hogaño gansos?  
 LAUREN. Veinte hay que gordos y mansos  
 la nieve en ellos se pinta.  
 CORBATO. Dos de esos serán del cura.  
 LAUREN. ¿Diezma en todo?  
 CORBATO. Como lleva  
 en toda cosecha nueva  
 el diezmo (1), de la verdura,  
 de los pollos, los lechones,  
 la fruta, el pan y cebada,  
 ¿no fuera cosa extremada  
 que diezmara en las quisiones,  
 los males y calenturas?  
 ¡Mala landre que le tome,  
 como las maduras come  
 comiera también las duras!  
 PETRON. ¡Mal estáis con él!  
 CORBATO. Quisiera  
 que de diez días que he estado  
 en la cama desahuciado,  
 uno al cura le cupiera;  
 diez melecinas me echaron  
 una le vien de derecho.  
 NISO. Ley fuera esa de provecho  
 para el otro que azotaron,  
 pues de quinientos tocinos  
 cincuenta el cura llevara.  
 ARDENIO. Yo sé que á alguien le pesara,  
 á usarse esos desatinos;  
 que nadie quisiera ser  
 casado en tales porfias,  
 porque de diez en diez días  
 le había de dar su mujer.  
 CORBATO. ¡Plugiera á Dios que él tuviera  
 tres veces en cada mes  
 esa cargal que después  
 yo sé que el diezmo perdiera,  
 de lo demás que le damos,  
 por no sufrir tanta pena.  
 ARDENIO. ¿Hay plomo, hay costal de arena  
 como aqueste que llevamos  
 á cuestras con las mujeres?  
 LAUREN. ¿Y nosotras que sufrimos;  
 que hechas esclavas vivimos  
 agüándonos los placeres  
 vosotros; de hijos cargadas;  
 ya callando, ya meciendo,  
 mil dolores padeciendo,  
 nueve meses de preñadas,  
 siempre con temor y susto  
 de que el parto nos asombre,  
 dejándonos cualquier hombre  
 la pena, y llevando el gusto?  
 NISO. No golosmeara Eva  
 de la manzana el sabor  
 y pariera sin dolor;  
 mas si tal trabajo lleva,  
 Laurencia, la que se casa,  
 ¿por qué os morís vos por ello?  
 ¿Yo?  
 LAUREN. Vos, pues que por sabello  
 no hay diablo que os tenga en casa.  
 MONTAN. En fin, ¿no quiso Maroto  
 desposarse?  
 NISO. No es la boda

(1) En el original: «diez de unos».

para él, sólo se acomoda  
 al ganado, monte y soto.  
 Mas ¿qué es esto?  
 ARDENIO. Don Guillén  
 viene acá, que como sabe  
 que estáis aquí, y es tan grave,  
 al que como él quiere bien  
 la ausencia, el estar sin vos  
 tendrá por tormento extraño.  
 LAUREN. Todo es mentira y engaño  
 el hombre; libreme Dios  
 de creer más sus desvelos;  
 amarme fingió el traidor,  
 y mudándose su amor  
 sembró gusto y cogió celos.

## ESCENA III

Salen DON GUILLÉN, GALLARDO y CRIADOS. — DICHOS.

GUILLÉN. ¡Oh, serranos!, á gozar  
 de vuestra conversación  
 me ha traído la ocasión.  
 NISO. Viniéndonos vos á honrar  
 será apacible esta tarde,  
 por más que el sol la molesta.  
 GUILLÉN. ¡Qué mucho abrase la fiesta  
 el prado, si haciendo alarde  
 el sol que flores perfila  
 con el oro que en él pasa,  
 otro sol de amor abraza,  
 bella doña Petronila,  
 en vuestra hermosa presencia!  
 PETRON. Si como lo decís bien  
 amáis (señor don Guillén),  
 dichosa es por excelencia  
 la que serviros merece.  
 Sentaos, si gustáis, aquí.  
 GUILLÉN. Jamás la ocasión perdí  
 cuando el amor me la ofrece.  
 Con vuestro hermano, señora,  
 he concertado de ser  
 vuestro esposo, y por tener  
 mientras se llega esa hora,  
 en quien el amor que os debo  
 se ejercite (que no es justo  
 que ocioso se embote el gusto),  
 esta serrana me llevo,  
 ensayaré en su hermosura  
 la que en vos pienso gozar.  
 (Cogen Don Guillén y Gallardo á Laurencia y llévanse.)  
 PETRON. ¿Qué es eso?  
 TODOS. Aquí del lugar.  
 GUILLÉN. El que morir no procura  
 sosiéguese, ó ¡vive Dios  
 que le cuelgue de ese roble!  
 NISO. ¿Pues es esa hazaña noble?  
 GUILLÉN. Llevadla vosotros dos  
 á Montalbán.  
 LAUREN. ¡Ay de mí!  
 GUILLÉN. Gallardo: aprisa con ella.  
 GALLARDO. No os quejéis, Laurencia bella,  
 que os lleve Gallardo así,  
 que también tiro yo gajes  
 de don Guillén y su amor,

pues lo que sobra al señor  
 viene á parar en los pajes.  
 Seréis de su gusto presa  
 y hartaréisle en breve rato,  
 gozándoos yo como plato  
 que levante de la mesa.  
 (Vanse con ella.)

## ESCENA IV

DICHOS, MEROS GALLARDO y LAURENCIA.

PETRON. Don Guillén de Montalbán:  
 respetad, si sois prudente,  
 el ver que estoy yo presente.  
 GUILLÉN. El que no fué buen galán  
 no puede ser buen marido;  
 quien cañas ha de jugar  
 primero se ha de ensayar;  
 sólo á ensayarme he venido  
 en Laurencia; si os molesta  
 la osadía que en mí veis,  
 consolaos con que seréis  
 de aqueste ensayo la fiesta. (Vase.)

## ESCENA V

DICHOS, MEROS DON GUILLÉN.

NISO. ¿Hay tan gran bellaquería?  
 ¿Que esto suframos, serranos?  
 ¿Para qué mos dieron manos  
 los cielos?  
 CORBATO. No sufriría  
 tal afrenta aunque muriese.  
 Juntemos todo el lugar.  
 PETRON. A mi hermano id á avisar.  
 ¡Que á mis ojos se atreviese  
 á tal insulto! ¡Ay amor,  
 qué mal me habéis empleado!  
 MAROTO. ¡Todo Estercuel salga armado  
 y muera aqueste traidor!  
 Niso será el capitán,  
 pues es Alcalde.  
 NISO. Eso intento:  
 vos alférez, vos sargento;  
 abrasaré á Montalbán  
 si aquesto adelante pasa.  
 TODOS. Vamos.  
 PETRON. Y mis desconuelos  
 me abrasarán en sus celos  
 mientras Montalbán se abrasa.  
 (Vanse los villanos.)

## ESCENA VI

Sale DON GASTÓN.—DOÑA PETRONILA.

GASTÓN. ¿Qué alboroto, hermana mía,  
 es éste? ¿Quién os da enojos  
 y las perlas de esos ojos  
 agravia, luz de mi día?  
 ¿Dónde mis vasallos van  
 confusos y alborotados?

PETRON. Van á vengarse afrentados  
 del señor de Montalbán.  
 Confieso que le he querido;  
 porque como una afición  
 se funda en la inclinación  
 y no en consejos, han sido  
 en vano los que me han dado;  
 porque aun las travesuras,  
 por no llamarlas locuras,  
 que en don Guillén han causado  
 común aborrecimiento,  
 pudieran curar mi amor  
 es loco, y al fin furor  
 que ciega el entendimiento.  
 Pero ya el no aborrecerle  
 fuera, más que amor, locura.  
 GASTÓN. Pues ¿qué hizo?  
 PETRON. ¡Gran ventura  
 fuera, hermano, no quererle!  
 Sin respetar mi presencia  
 ni el amor que le he tenido,  
 descortés como atrevido  
 llevó robada á Laurencia  
 con ayuda de criados,  
 que en la escuela de sus vicios  
 aprenden estos oficios;  
 los pastores agraviados  
 han convocado el lugar  
 para intentar su venganza,  
 y yo ya sin esperanza  
 todo lo libro en llorar.  
 GASTÓN. ¿Es posible que este loco  
 á mis vasallos se atreva?  
 Si á Laurencia, hermana, lleva,  
 yo haré que la goce poco.  
 ¡Vive Dios! que ha de saber  
 quién es á quien ha ofendido.  
 ¿El en mi tierra atrevido?  
 PETRON. ¿Qué es lo que intentas hacer?  
 GASTÓN. Pegar fuego á Montalbán,  
 hacedle entender así  
 que es don Gastón Bardaji  
 á quien ofende: hoy verán  
 los que sustenta Aragón  
 (ya que mi paciencia instiga)  
 de la suerte que castiga  
 á don Guillén don Gastón.  
 PETRON. Hermano: su poco seso  
 perdona.  
 GASTÓN. ¿No te ha ofendido?  
 PETRON. Aunque es loco y atrevido,  
 que le adoro te confieso.  
 Busca otros medios más sabios.  
 GASTÓN. Pagará lo que merece.  
 PETRON. El amor con celos crece  
 y se aumenta con agravios. (Vanse.)

## ESCENA VII

Salen DON GUILLÉN, GALLARDO y LAURENCIA.

GUILLÉN. Echala de aquí Gallardo.  
 ¡Jesús, y qué mala cosa!  
 juzgábala antes hermosa  
 ya morir, viéndola, aguardo.